

¿Cómo empezó todo?

Las calles estaban desiertas. Todos se escondían en sus casas esperando el momento perfecto para salir en busca de provisiones. La tele no decía nada ¡Ni los periodistas habían querido salir al exterior para dar su reporte!

Entonces comenzó a anochecer. Las calles se volvieron más tenebrosas aún porque en la oscuridad todo es más siniestro. Y a esas horas se sabe que todos aquellos espíritus y monstruos que no se vieron de día, aparecen para llevarse a los más descuidados. Nadie se animaba a prender luz alguna, quizás eso los atraía y ya no tendrían escapatoria.

Dos personas se asomaron en una esquina. La única luz que los iluminaba era la de la luna, que observaba todo desde arriba. Pero no era suficiente así que solo podían distinguirse sus siluetas altas y corpulentas.

Una persona curiosa corrió unos centímetros su cortina para verlos. Que extraño ¿Por qué salían a esas horas? Y más aún con el peligro a la ras de sus espaldas.

Los hombres no se movían, simplemente parecían mirar a la lejanía, donde la luna ya no aparece.

La mujer curiosa que los veía desde su ventana quiso salir a ayudarlos. Tal vez estaban perdidos. Pero a sus dos hijos no les agradaba para nada la idea de que su madre asomara siquiera la nariz a la calle. Pues la generosidad y compasión ya no son prioridad cuando toda la humanidad está en peligro. Cada quien debía hacerse cargo de su vida. Si a esos dos hombres los atacaban los demonios de la noche, no podrían hacer nada.

Pero la madre lo pensó. Ni siquiera debía ir más allá de su vereda. Simplemente gritarles desde ahí si necesitaban ayuda. De así ser, podrían refugiarlos en la casa hasta que decidieran irse. Si decían que no, entonces los dejaría a su suerte.

No esperó la aprobación de sus hijos y abrió la puerta. El clima fuera de casa era helado. El único sonido que se percibía era el del viento yendo de un lado a otro. La mujer miró a ambos costados. A la derecha continuaba el barrio, totalmente oscuro, no había señales de vida. A la izquierda era lo mismo, con la excepción de aquellos hombres aún parados en la esquina.

La mujer no supo cómo llamarlos; directamente les preguntó si necesitaban ayuda. Apenas lo dijo, volvió a entrar a la casa, por las dudas, con la puerta entreabierta para escuchar si contestaban.

Pero los hombres no dijeron palabra alguna. Ella se quedó unos minutos pegada a la puerta, pensando que la respuesta llegaría tarde o temprano. Pero no fue así. Sus hijos, aterrados, se ocultaron debajo de la mesa. Esa situación no les gustaba para nada. La madre decidió cerrar por completo la puerta cuando escuchó el sonido de una rama quebrarse a unos metros. Se alejó de la entrada temiendo lo peor. Sus hijos lloraban en silencio y a miradas desesperadas le rogaban a su madre que fuera a esconderse con ellos. Pero no le alcanzó el tiempo.

La ventana de vidrio se rompió y los gritos más aterradores surgieron desde afuera. La mujer corrió con sus hijos y los abrazó tan fuerte como pudo mientras pensaba en un mejor lugar para esconderse.

Pero era muy tarde, los dos hombres que no eran hombres, asomaron sus horribles caras podridas y huesudas al interior de la casa. Cuando se percataron de que había tres personas debajo de la mesa, no dudaron en entrar.

La madre y sus hijos corrieron lo que las paredes de la casa les permitían. Pues hasta que abriesen la puerta para salir ya serían capturados.

Por más que gritaron, nadie fue a ayudarlos. Quienes los escucharon rezaron por ellos y pusieron más seguro a sus casas.

La madre fue primera en ser atacada. Quedó tirada en el suelo, con el cuello partido, sin moverse. Los niños se ocultaron bajo el sillón intentando no hacer ningún ruido y los dos extraños hombres siguieron inspeccionando la casa porque sabían que aún quedaban ellos.

Pasó un rato y por un momento parecía que ya se habían ido y que podían salir a ver si su madre seguía con vida. Pero se arrepintieron cuando vieron que ella se levantaba. La mujer emitía los sonidos más terroríficos. Quedó agachada mirando a su alrededor. Cuando descubrió las dos caras de sus hijos debajo del sillón, dio un salto, los agarró de los pies y cayó encima de ellos anunciándoles su fatídica muerte.

-¡Y así comenzó el apocalipsis zombie! –grito Facundo y emitió un rugido para que la historia terminara más espeluznante

-Por eso es que tenemos que quedarnos adentro, porque si no nos comen los zombies –concluyó Fabián

La bebé, Diana, lejos de asustarse, los miró confundida por unos segundos y después se echó a reír. No sabía hablar, de lo contrario hubiera dicho que las caras de su primo Facundo imitando a un muerto eran muy graciosas. Pero su hermana de cinco años, Sofía, estaba arrinconada en una esquina de la cama, con las lágrimas al borde de los ojos y deseando que su mamá llegara cuanto antes.

Sus dos primos no pensaban dejar pasar esa oportunidad para hacerle una broma.

-¡No llores Sofi! –dijo Facundo –mientras estés adentro ningún zombie te va a atacar.

-¡Exacto! –Lo siguió su hermano –Diana es más chica que vos y ¡mira cómo se ríe!

Pero Sofía siguió llorando. No tanto por el miedo a los zombies mismos, si no, porque su mamá, que había salido a comprar, estaba expuesta a que la atacaran.

Facundo y Fabián intentaron tranquilizarla con alguna excusa. Ni locos le decían que todo era mentira, se les habría arruinado la broma. Era preferible hacerle creer que los muertos solo atacaban a mayores de cinco años; que si se les ofrecía caramelos eran amigables; que estaban lejos de su casa y otras cosas que se les ocurriera.

En eso, la puerta se abrió y para alivio de Sofía, entraron su mamá y su tía, cargadas de bolsas y con los barbijos por debajo de la nariz. Fabián y Facundo se miraron preocupados; su prima no había parado de llorar y si su mamá se enteraba del porqué del llanto se iban a comer un reto.

-¿Quién me ayuda a preparar la comida? –dijo la tía mientras dejaba las bolsas encima de la mesa.

Pero nadie tuvo tiempo de ofrecerse porque Sofía salió de su rincón y fue a brazos de su mamá que todavía cargaba las compras.

-¿Qué pasó? –dijo la madre más preocupada porque aún no se había lavado las manos.

Entre los hipo de llanto la niña le contó todo lo que sus primos le habían dicho y que tenía miedo de que los muertos la hubiesen atacado. Mientras su mamá escuchaba intentaba esconder la risa que algunos comentarios le provocaban y después miraba de reojo a sus sobrinos ¡Típico de ellos! Pero su tía, defensora número uno de Sofi, observaba de manera fulminante a sus dos hijos, a lo que ellos respondían con una pícara sonrisa.

Cuando terminó el relato, la madre de Facundo y Fabián les ordenó que desinfectaran todas las compras como penitencia por haberle contado falsas historias a su prima. A Sofía le explicaron que todo era mentira, no había zombies ni ningún tipo de monstruos. La razón por la que no debían salir de casa era porque un virus rondaba por las calles y era necesario cuidarse para no contagiarse. Pero podían escapar de él mientras siguieran las medidas de higiene adecuadas. No había nada de qué preocuparse.

Entonces la niña, más aliviada, fue al baño y se lavó la cara. Pasó por la cocina y miró con enojo a sus primos, ya se iba a vengar...

-¡Que imaginación la de ustedes, che! Mocosos de porquería –Les dijo divertida la madre de Sofi a sus sobrinos.

La bebé, inocente, observaba todo desde los barrotes de su cuna. Facundo y Fabián pensaron que algún día alguien iba a tener que contarle a Diana todo lo sucedido ese año, y no pensaban dejar pasar esa oportunidad para revivir la historia del apocalipsis.

Sofía y su tía comenzaron a cortar verduras para el almuerzo. Los dos hermanos siguieron desinfectando las compras. La madre de Diana se lavó las manos y prendió el televisor para ver el noticiero mientras acomodaba la alacena. Todo transcurría normal, bueno, tan normal como podía ser dentro de una pandemia...una pandemia sin zombies.